

Ensayos

SOBRE EL METODO DE ESTUDIO DE LAS CRISIS (*)

En términos generales, cuando se intenta estudiar la actual crisis del mundo occidental se suelen analizar, primeramente, los factores económicos para llegar a explicar, después, los efectos sociales. Esta actitud que se nos quiere presentar como metodológicamente indiscutible por su pretendido rigor racional, lógico, no es otra cosa que el resultado de una determinada ideología cuyos supuestos condicionantes son hoy aceptados por la mayor parte de los intelectuales, de los técnicos y de los políticos, como algo que queda fuera del alcance de la duda científica.

Sin embargo, y aunque no fuese por otra razón que la de ensayar un nuevo enfoque que permitiese encontrar una salida a esa cerrada Torre de Babel de los economistas que se declaran confusos ante la limitación y paradojas de sus resortes puramente técnicos, se debiera replantear el estudio de las crisis que padecemos poniendo por delante los factores llamados sociales a fin de explicarnos los efectos estrictamente económicos.

Quiero decir que toda situación social se expresa, a nivel de lo material y cotidiano, a través de una concreta realidad económica, de unas formas que hoy denominamos sistemas económicos, pero que no tienen independencia respecto a la total situación social que reflejan.

Cuando aparecen problemas profundos y extensos en la producción y distribución de bienes, problemas que afectan esencialmente a la vida de gran número de individuos, debemos de reaccionar estudiando los posibles fallos de las sociedades aquejadas *en su conjunto*, porque esos fallos de conjunto son los que están expresando de una forma más tangible las quiebras económicas. Los experimentos de convivencia que esas sociedades representan, con sus

(*) Texto de la comunicación introductoria a los debates de la Ponencia III, sobre Estudios de las transformaciones sociales derivadas de la crisis, presentada en el Forum celebrado en Alpbach (Tirol) en agosto de 1975, sobre el Estudio de las crisis económicas.

impactos en los destinos personales, son los que debemos de juzgar y corregir como tales experimentos, cuando observamos que el pan no llega a todas las bocas, que hay más brazos que tareas, que las monedas pierden su valor y que los productos encarecen o se envilecen siempre con daños del equilibrio deseado.

Estos fallos de conjunto de las sociedades pueden clasificarse en tres grandes grupos: los de concepción, de moral y de emplazamiento. Es decir, fallos que se refieren al pensamiento predominante, a la conducta más generalizada y al planteamiento de la plataforma donde cada experimento convencional o social se realiza. Y esto es lo que hay que estudiar antes que nada cuando se trata de abordar las soluciones prácticas para acabar con una crisis económica de cualquier magnitud que sea: ¿cuáles son los posibles fallos de óptica o de los estados de opinión que están prevaleciendo en las sociedades que sufren el trauma económico?; ¿cuáles son los errores de conducta de los miembros de esas sociedades que soportan las crisis y que puedan tener incidencia en lo económico?; ¿cuáles son las equivocaciones en la valoración de la propia plataforma respecto a lo que ella permite en cuanto a extensión y calidad del experimento de vida asociada autónoma?

Evidentemente, al formular esta hipótesis de trabajo, no pretendo desarrollarla en estas breves líneas. Sólo deseo llamar la atención sobre una cuestión de método y poner algún ejemplo que aclare lo que trato de decir.

Ejemplo destacado, en esta hora, es el arraigo en todos los estratos sociales del planeta de la deificación del Estado *en el orden del pensamiento y las creencias*: se le toma por un ser distinto y superior a nuestra naturaleza humana, sabio y omnipotente, al que se debe de pedir todo lo habido y por haber, constantemente y cada vez más; es el ídolo que ha matado —según Toynbee— a catorce de las veintiuna civilizaciones de las que tenemos noticia y cuyo culto constituye hoy «la religión de la mayoría de los habitantes del mundo occidentalizado», cuando el Estado —como dice Anthony Burgess— debe de ser «algo tan útil y tan poco interesante como un sistema de irrigación». ¿De dónde proviene esta adoración del Estado, esta fe en él? Desgraciadamente, proviene de un culto a la fuerza, a la coactividad; es decir, se genera en el no creer que haya otra fuente de creación y providencia resolutive que la simple Fuerza, cuanto más poderosa mejor; y no es necesario subrayar que ante esta mentalización de los pueblos confiándolo todo a los resortes del Poder, ante esta obsesión política que nos lleva a aceptar que el Estado tiene respuestas para todo, los sacerdotes de este culto, los gobernantes y jefes de partidos, no niegan jamás la superstición de las ilimitadas facultades de ese Ser, de ese Ente, en nombre del cual ellos se ven convertidos en aparentes superhombres, llegando a tener que falsificar hasta el valor intrínseco

de las monedas para ir dando la sensación de que se da abasto a todas las fantasías, a todas las peticiones, de los creyentes que todo lo esperan del Estado y nada de ellos mismos.

En el orden de la conducta en las sociedades en crisis, ¿qué decir de la irresponsabilidad en la reproducción realizada al margen de las circunstancias condicionantes de la existencia, la inmoralidad de los engendradores que no admiten que la vida como fenómeno planetario tiene tremendas limitaciones? ¿y qué decir de quienes, en otros aspectos del obrar, actúan contra la competitividad en el seno de la especie, única clave de la crítica y del progreso que la caracterizan, negando las diferencias que se originan en el aporte de la herencia biológica y que se acrecientan en la gama de posibilidades personalizantes que se ofrecen en todo experimento social, sin pensar que incurrir en el crimen paralizante, contra natura, no de igualar los derechos —como diría Popper— sino de intentar igualar las mentes humanas?

Y, como último ejemplo de lo que pretendo apuntar en cuanto al método de trabajo, ahí están todas las cuestiones que se refieren a cada sociedad como plataforma obligada de la existencia y de la personalidad de millones de seres humanos, cuestiones que se refieren al orden de *su emplazamiento* como unidad de acción y de vida en el planeta: las emigraciones, por no hablar más que de fenómenos muy visibles, están denunciando el artificio de ciertas experiencias sociales llevadas a cabo en torno a factores muy adjetivos e incluso corrosivos respecto a los planteamientos de una auténtica cohesión social humana; es más, se puede reconsiderar hasta qué punto una gran parte de los Estados nacionales se muestran hoy incapaces de la adecuada concertación regional o planetaria que requiere toda civilización, inmovilizando las soluciones «naturales» como aconteció, en el declive de Atenas, con su Estado demasiado localizado.

JAVIER M. DE BEDOYA

